

Diario en Londres.

Mayo 8 de 1830

A las 12 desembarcamos en un bote, que nos condujo a la oficina del Alien-office, p.^a llenar las formalidades necesarias a'l arribo de los extranjeros. Allí esperamos una hora que nra. vez llegara y entonces nos dieron una especie de recibo ^{en el cual se} del pasaporte p.^a poder ocurrir con el dentro del termino de ocho dias bajo pena de multa o encarcelacion a' declarar el lugar q.^l se ha elegido p.^a residir. Luego paramos a' las salas de la aduana q.^l se hallan en el mismo edificio p.^a presenciar el registro dentro

El “Diario en Londres” de Joaquín Acosta. Encuentros de un joven colombiano en Europa

EFRAÍN SÁNCHEZ CABRA

Bajo el título de “Diario en Londres”, dejó Joaquín Acosta un manuscrito de 251 páginas con el relato pormenorizado de sus impresiones y observaciones entre el 5 de mayo de 1830 y el 2 de enero de 1831. Conservado hoy en la Biblioteca Luis Ángel Arango, en Bogotá, el documento supera con creces lo que su título anuncia, pues si bien, en efecto, Acosta estuvo desde la primera de estas fechas en la capital británica, solo permanecería allí hasta el 7 de julio —algo más de dos meses—, y la última entrada del diario está fechada el 2 de enero de 1831, cuando ya se encontraba en Cartagena de Indias. El “Diario en Londres” es en realidad la crónica de los últimos ocho meses de la primera residencia de Joaquín Acosta en Europa. Aparte de su estadía en Inglaterra, reúne las vivencias en el largo retorno a su patria, incluidos el regreso a Francia, el viaje por barco a Estados Unidos, los días en Nueva York y la travesía hasta Cartagena de Indias, donde culmina el diario. En estos últimos temas Acosta ocupa cerca de la mitad del manuscrito.

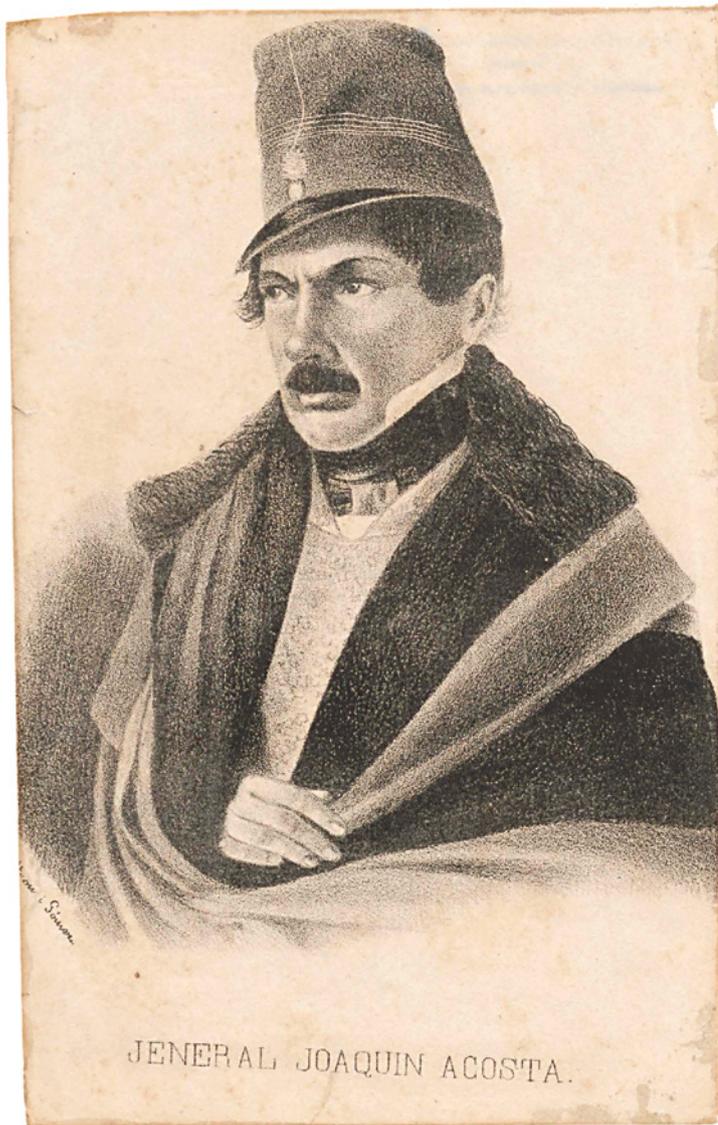
Descrito por su hija y biógrafa, la historiadora Soledad Acosta de Samper, como “prócer de la Independencia, historiador, geógrafo, hombre científico y filántropo”, a lo cual se suma su profesión de militar y su actividad política, Joaquín Acosta fue uno de los personajes más destacados de Colombia en el siglo XIX, en todos los campos a los que se dedicó (Acosta de Samper, 1901, página titular)¹. De sus dos temporadas en Europa, la primera fue principalmente de aprendizaje. Como escribió Soledad,

Joaquín Acosta aspiraba a algo más que a vivir oscuramente en Bogotá como Capitán en un Cuerpo estacionario, o como empleado público subalterno. Su ardiente deseo era el de pasar a Europa a estudiar ciencias e ingeniería, y de esa manera servir a su país con utilidad e inteligencia. (Acosta de Samper, 1901, p. 107)

Sociólogo, doctorado en historia por la Universidad de Oxford, Inglaterra. En la actualidad es asesor de la Biblioteca Luis Ángel Arango y la Red de Bibliotecas del Banco de la República. Es miembro de número de la Academia Colombiana de Historia, y entre sus principales libros se cuentan *Ramón Torres Méndez. Pintor de la Nueva Granada* (1987), *Orígenes de la pintura de tipos y costumbres en Colombia* (1989), *Gobierno y geografía. Agustín Codazzi y la Comisión Corográfica de la Nueva Granada* (1999), *Oscar Wilde. Aforismos y paradojas* (2001), *El mundo del arte en San Agustín* (2011) y *José María Gutiérrez de Alba. Diario ilustrado de viajes por Colombia* (2012).

IZQUIERDA
Primera página del “Diario en Londres”, escrito entre mayo de 1830 y enero de 1831. Colección Familiar Acosta Samper, Biblioteca Luis Ángel Arango

1. Esta es en realidad la única fuente biográfica de largo alcance sobre Joaquín Acosta. No se ha hecho un estudio reciente sobre su vida, obra y legado.



Retrato del "Jeneral"
Joaquín Acosta.
Grabado litográfico, autor
desconocido (al margen se lee:
"Sic_tron i Gómez"), ca. 1876.
Biblioteca Nacional de Colombia

sicas y naturales, teniendo como maestros, entre otros, a figuras tan prestigiosas como el mencionado Gay-Lussac en física, Jean-Jacques Ampère en matemáticas, Louis-Jacques Thénard en química y Arago en astronomía (Acosta de Samper, 1901, pp. 111 y ss). A ello se agregó una valiosa experiencia de campo, cuando en el verano de 1828 fue invitado a participar en los trabajos del levantamiento de la carta nacional de Francia, o *carte de l'Académie*, que se comenzó a construir desde fines del siglo XVII bajo los auspicios de la Academia de Ciencias de Francia y fue el modelo universal para la realización de cartas geográficas nacionales en el siglo XIX. Tuvo así Acosta la oportunidad de conocer de primera mano "la manera científica que empleaban entonces para levantar planos" (Acosta de Samper, 1901, pp. 228-229). Sin duda una educación y una práctica envidiables no solo para cualquier sudamericano sino incluso para cualquier europeo (Sánchez, 1999, pp. 77-79).

El "Diario en Londres" fue transcrito parcialmente por Soledad Acosta en la biografía de su padre, publicada en 1901, y debe recalcarse que la transcripción no siempre coincide con el manuscrito. Sin embargo, la descripción de este período de la vida de Acosta, presente en la obra de doña Soledad, se complementa con correspondencia del archivo de su padre y el análisis de la autora. Por lo tanto, una fuente no sustituye a la otra, y siempre deben tenerse en cuenta las dos en cualquier investigación o ensayo sobre Acosta.

Acosta salió de Bogotá el 11 de octubre de 1825 y llegó a París a principios de febrero de 1826, luego de una estancia de varios meses en Estados Unidos. Para sus gastos y sostenimiento estaba provisto de lo que Soledad Acosta llama "su disminuida herencia paterna", así como del sueldo de capitán que el gobierno de Francisco de Paula Santander había aceptado mantenerle. Evidentemente lo exiguo era el sueldo de capitán, pues al contraer matrimonio, en 1832, era dueño de tierras en Guaduas, de un derecho en una casa en la plazuela de San Francisco en Bogotá; tenía otra propiedad en el actual municipio de Gutiérrez, y poseía algunos libros y alhajas, todo por un monto de 7.000 pesos, según su cálculo (Acosta, 1850).

Como se sabe, una de las primeras personas con las cuales se relacionó en París fue el barón Alexander von Humboldt, quien fue huésped de su padre, Joseph de Acosta, en Guaduas, en junio de 1801, durante el célebre viaje del naturalista a las regiones equinocciales del nuevo continente, cuando Joaquín Acosta apenas tendría seis meses de edad. Humboldt lo relacionó de inmediato con los principales científicos que vivían y trabajaban entonces en París, incluidos François Arago, el marqués de Laplace, J. L. Gay-Lussac y el barón Cuvier. Durante los siguientes cuatro años Acosta se entregó a los estudios de ciencias físicas y naturales, teniendo como maestros, entre otros, a figuras tan prestigiosas como el mencionado Gay-Lussac en física, Jean-Jacques Ampère en matemáticas, Louis-Jacques Thénard en química y Arago en astronomía (Acosta de Samper, 1901, pp. 111 y ss). A ello se agregó una valiosa experiencia de campo, cuando en el verano de 1828 fue invitado a participar en los trabajos del levantamiento de la carta nacional de Francia, o *carte de l'Académie*, que se comenzó a construir desde fines del siglo XVII bajo los auspicios de la Academia de Ciencias de Francia y fue el modelo universal para la realización de cartas geográficas nacionales en el siglo XIX. Tuvo así Acosta la oportunidad de conocer de primera mano "la manera científica que empleaban entonces para levantar planos" (Acosta de Samper, 1901, pp. 228-229). Sin duda una educación y una práctica envidiables no solo para cualquier sudamericano sino incluso para cualquier europeo (Sánchez, 1999, pp. 77-79).



Según doña Soledad, en los primeros meses de 1830, Acosta estaba considerando su regreso a la patria, pero solo

[...] después de un viaje que tenía proyectado por las orillas del Rin y Bélgica, en compañía de su compatriota, D. Pío Rengifo, y de una residencia en Inglaterra para perfeccionarse en el inglés, lengua que había aprendido en Bogotá, estudiado en París y deseaba acabar de conocer a fondo en el mismo país. (Acosta de Samper, 1901, pp. 236-237)

Acuarela de la plaza central de Guaduas, lugar de nacimiento del general Acosta, el 29 de diciembre de 1800. Edward Walhouse Mark, 1846. Colección de Arte, Banco de la República

Acosta, entonces de 29 años, salió de París el 14 de abril de 1830 y empleó los siguientes veinte días en un recorrido que lo llevó inicialmente hacia el este, hacia Metz, de donde pasó a Fráncfort. Desde allí se embarcó en un vapor por el Rin hacia Colonia, de donde continuó por diligencia a Aquisgrán. Siguió a Maastricht, ya fuera de Prusia, y de allí a Bruselas, de donde fue a Amberes, Gante, Brujas y Ostende. En este puerto marítimo se embarcó el 4 de mayo, junto con su amigo Pío Rengifo, hacia Inglaterra. El vapor que los transportaba ingresó por el Támesis, y de inmediato Acosta comenzó a anotar sus impresiones en un diario: “El Támesis no tiene ninguna semejanza con el Sena, y mucho menos con el romántico Rin que acabo de ver. Las poblaciones son tristes, las casas bajas y mezquinas”². Las formalidades de inmigración y aduana les tomaron cuatro horas “mortales”, tras lo cual pudieron abordar un coche que los condujo hasta Leicester Square, donde obtuvieron alojamiento en el hotel Sablonière. Durante los siguientes días, Acosta buscó una residencia más permanente, y es obvio que tenía sus preferencias definidas, pues aunque fue a ver una casa anunciada en los diarios no le convenció “el cuarto ni la sociedad”³ (p. 5). No tardó, sin embargo, en hallar una casa en Leicester Place, perteneciente a “una pequeña familia [...] que quiso recibirme” (p. 6).

En su entrada a la ciudad, escribe Acosta, iba reconociendo “con gusto las calles de que había oído hablar tanto tiempo hacía, al atravesarlas, Cheapside, Strand, Piccadilly” (p. 2v). Quizás la familiaridad con lugares que nunca había visto, pero sobre los que había oído hablar mucho, le produjo cierta sensación de frustración que expresó con estas palabras:

Yo no sé a qué atribuir la ausencia total de novedad de impresiones en esta opulenta ciudad, pero el resultado es que no quedo satisfecho con lo que veo a pesar de que en general la realidad corresponde a la idea que yo me había formado. (pp. 2v-3)

2. Este pasaje corresponde a la mañana del 5 de mayo de 1830, que no se encuentra registrada en el diario, pues este inicia el relato a las doce del mismo día. Sin embargo, es mencionado por Soledad Acosta (1901, p. 256).

3. Todas las citas de Acosta son tomadas del manuscrito “Diario en Londres”, Colección Familiar Acosta Samper, Biblioteca Luis Ángel Arango, Libros Raros y Manuscritos. El diario no está fechado, pero su última entrada es del 2 de enero de 1831. La numeración de las páginas corresponde al documento digital. Se respeta la ortografía original.



Sin detenerse a descansar, y luego de comer, salió con su amigo por Regent Street para ir a visitar a José Fernández Madrid, a quien llama simplemente Madrid, ministro plenipotenciario de Colombia en Londres.

Las primeras impresiones de Acosta sobre el aspecto físico de Londres combinan el agrado con la arquitectura y el desagrado con la atmósfera oscura de la ciudad, producida por el humo y porque “la atmósfera es menos transparente que en el continente”, todo lo cual da cierta apariencia ennegrecida a grandes edificios como la catedral de San Pablo. Esta apariencia, según el joven viajero, “es la primera impresión desagradable que un viajero experimenta”, y concluye: “[...] nada da más rabia a una persona que llega a Londres que verlo todo y aun en el día más claro, a cien pasos de distancia, cubierto de un velo que es imposible levantar” (p. 4). Días más tarde, el 25 de mayo, fue a visitar la Torre de Londres, y luego pasó a ver el interior de la catedral de San Pablo. Esta, según su opinión, “no puede de ningún modo compararse con San Pedro en Roma como lo hacen los ingleses a cada instante”, pese a ser “la más vasta iglesia protestante que existe hoy en el mundo” (pp. 22v-23).

Otro de los lugares que visitó fue el Coliseo, en Regent’s Park, creado para exhibir la *Vista panorámica de Londres* desde la torre de la catedral de San Pablo, de Thomas Hornor –considerada como la pintura más grande de la historia–, y demolido en 1875. Acosta no perdió la oportunidad de hacer su recomendación para los visitantes: “Yo aconsejo a los extranjeros que lo visiten algunas semanas después de su llegada a Londres, como un complemento del estudio topográfico de esta grande ciudad, independientemente de su mérito como obra de arte” (pp. 31-31v).

El 21 de mayo había ido a visitar el Museo Británico,

[...] muy inferior al Museo del jardín de plantas de París en la colocación, aseo y número de objetos que forman las colecciones zoológica y mineralógica, y al del Louvre en el número y belleza de las esculturas antiguas, pero más rico en fósiles [...]. Las cabezas colosales de granito rojo, los ídolos y obeliscos de basalto, forman sin duda alguna el más bello adorno del Museo Británico. (p. 18v)

Una segunda visita a este museo la dedicó a mirar “los bajos relieves que Lord Elgin arrancó al Partenón de Atenas y se trajo sin piedad a Inglaterra” (p. 53)⁴.

Uno de los intereses de Acosta, según su hija Soledad, fue “estudiar más de cerca el carácter y las costumbres inglesas” (Acosta de Samper, 1901, p. 260). Que no había llegado a Londres con una buena impresión previa lo muestra un pasaje del diario en el que refiere una visita que hizo en la plaza de Waterloo al padre de J. Illingworth, “excelente sujeto que me acogió con tanta bondad, franqueza y cordialidad que me hizo olvidar, o a lo menos mitigar la mala idea que había formado del carácter inglés. Por desgracia no hablaba sino inglés” (p. 5v). Su “mala idea” de los ingleses quizás mejoró aún más con su visita a la oficina de extranjería (Alien Office), donde debía concluir los trámites de inmigración. Allí observó la diligencia de los funcionarios, quienes lo despacharon pronto “y con una urbanidad desconocida a la policía de París” (p. 6v). Aparte de esto, le impresionó “el número infinito de mujeres públicas de que abunda Londres”, mujeres de todas las edades, y calculó que de diez mujeres que veía “cuatro a lo menos eran de este infame oficio” (p. 4v). No dejó de observar las modas de Londres y, tras un paseo por Kensington Gardens, hizo un comentario sobre

Fragmento de correspondencia, del 8 de septiembre de 1803, entre Bernardo Gutiérrez y José de Acosta (padre Joaquín de Acosta), alcalde corregidor y justicia mayor de Guaduas, en la que se atienden temáticas relacionadas con los negocios de Acosta en Bogotá (lugar en el que poseía una casa en la plazuela de San Francisco) y el flujo de mercancías Bogotá-Guaduas, entre otras. Colección Familiar Acosta Samper, Biblioteca Luis Ángel Arango

4. Los mármoles del Partenón, llamados “mármoles Elgin”, fueron transferidos al Museo Británico en 1816.

aquellas, nuevamente comparándolas con las de París: “Es singular que cuando yo dejé a París las francesas habían adoptado las gorras inglesas en forma de cartuchos, y hoy observas que todas las damas de alto rango de Inglaterra usan las gorras abiertas francesas” (p. 36v).

Desde luego, se ocupó de mejorar su conocimiento del idioma inglés. Para el efecto contrató un profesor y recibió su primera clase el 14 de mayo: “Vino el maestro por la mañana, Mr. Eaton; me pareció medio loco, aunque sabe mucha gramática” (p. 9v).

Correspondió a Acosta estar en Londres con ocasión del fallecimiento del rey Jorge IV. Desde poco después de su llegada se hablaba con insistencia de la enfermedad del monarca y su eventual deceso, pero, observó Acosta, los ciudadanos del común, al menos en un principio,

[...] estaban muy chocados de que viniera a morir en medio de la estación de las diversiones [...] por las calles no se veían sino gentes que se apresuraban por ir al espectáculo antes que estos se cerraran por la muerte del rey, que se considera hoy como inminente porque ya le comenzó la gangrena. (pp. 9v-10)

El fallecimiento no sucedió hasta el 26 de junio, a las tres y cuarto de la mañana. Acosta lo supo en su casa, al recibir la visita de un sastre. Relata que a las diez “se oyeron algunas campanas; yo salí y no observé que la noticia hubiera producido otra novedad sino el cerrar una abra de cada ventana de tienda. El boletín de los médicos anunciando la muerte se veía impreso en algunas tiendas”

Vista de la Torre de Londres desde el río Támesis, ambos lugares emblemáticos mencionados como puntos de encuentro y visita recurrente de Joaquín Acosta durante su estadía en dicha capital. En su diario, Acosta registra la primera impresión que tuvo de la ciudad durante su arribo por el célebre río: “El Támesis no tiene ninguna semejanza con el Sena, y mucho menos con el romántico Rhin que acabo de ver. Las poblaciones son tristes, las casas bajas y mezquinas” (p. 256). *Tower of London, from the Thames*, Thomas Hosmer Shepherd, 1830. Tomada de *London Illustrated, 1604-1851*, Bernard Adams, 1983.

499

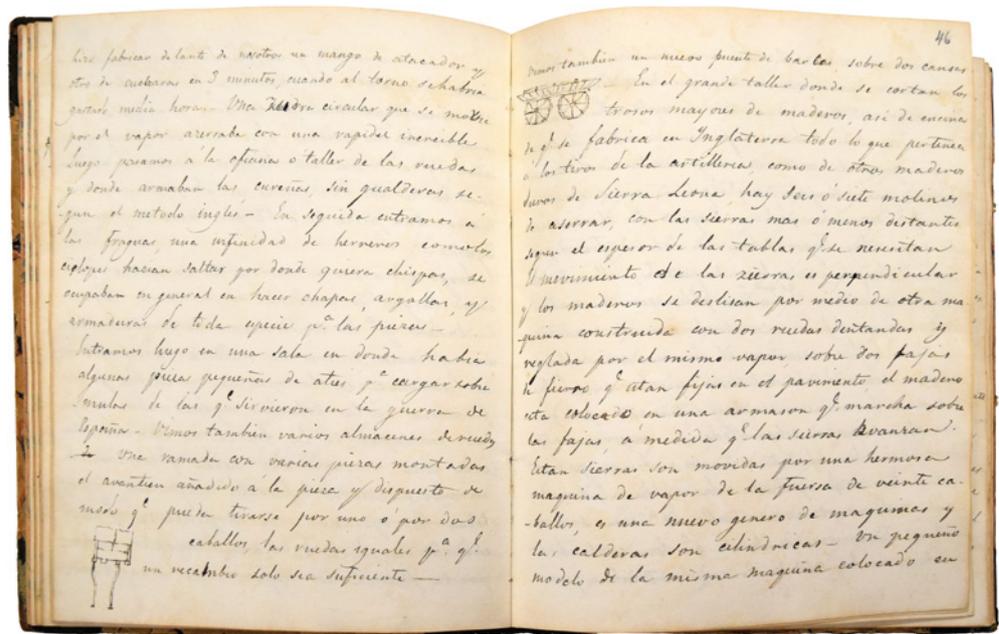


Drawn by Tho. H. Shepherd

Engraved by W. Radcliffe

TOWER OF LONDON, FROM THE THAMES.

Jones & Co. Temple of the Muses, Fleet Street, London, Jan. 31. 1830.



Fragmentos de “El diario en Londres”. A diferencia de los cuadernos de viaje de París y Bolonia, de 1826, este incluye frecuentemente información sobre materias relacionadas con las ciencias militares (ingeniería, elaboración de mapas, fortificación). Es preciso recordar que el perfeccionamiento de estos conocimientos fue una de las principales motivaciones que tuvo Acosta al momento de solicitar una licencia para viajar a Europa (el 23 de julio de 1825). Nótese el detalle de los pequeños dibujos ilustrativos. Colección Familiar Acosta Samper, Biblioteca Luis Ángel Arango

(pp. 56-56v). A las once de la mañana del 28 de junio se proclamó al duque de Clarence, hijo de Jorge III, como nuevo rey de los británicos, bajo el nombre de Guillermo IV. Para el efecto hubo una procesión, que describe Acosta (1831):

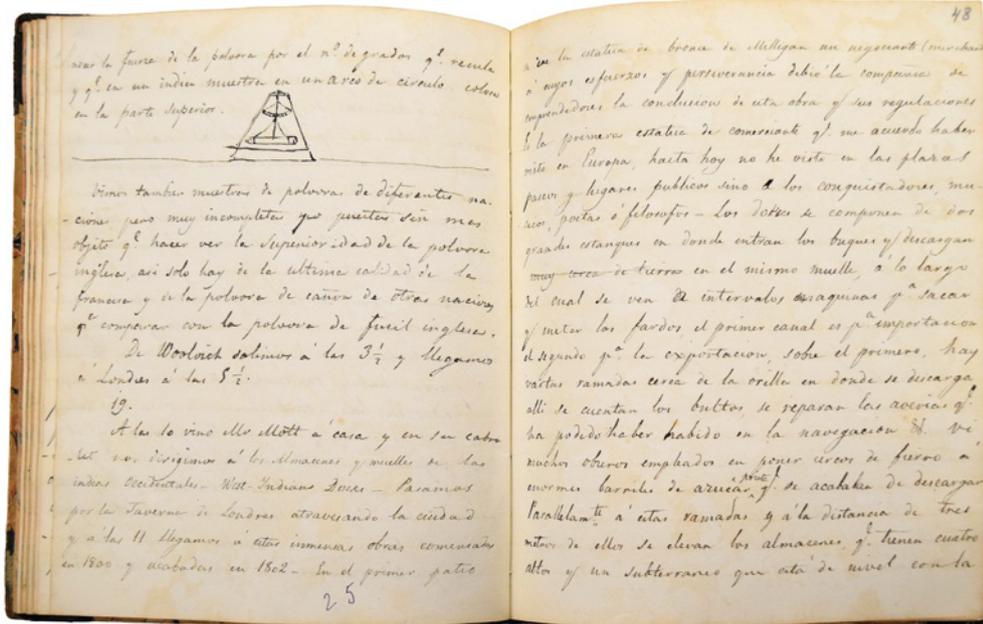
Inmensa cantidad de gentes se veía en Charing Cross en las ventanas, tejados y andamios; yo tomé una plaza sobre la cubierta de un coche y vi pasar la procesión con mucho trabajo [...]. En Charing Cross la procesión se detuvo, y se hizo el anuncio de la sucesión de la Corona en el duque de Clarence [...]. Hubo algunos vivas, las señoras sacudieron sus pañuelos y la procesión siguió hacia la ciudad. (pp. 58-58v)

En el terreno político, valido de cartas de recomendación y de la intervención de amigos suyos, Acosta pudo asistir a reuniones de diversas instituciones inglesas, tanto públicas como privadas. El 11 de mayo, después de comer, asistió por primera vez a una sesión de la Cámara de los Comunes, donde vio a los diputados sentados en los bancos “con sus sombreros puestos, limpiándose los dientes, y en posturas nada decentes” (pp. 7-8v). Las discusiones parlamentarias dieron a Acosta la oportunidad de comparar, una vez más, lo que presenciaba en Londres con lo que había visto en Francia:

Siempre que los diputados hacían algún ruido el presidente pronunciaba estas palabras: *order, order* y el ruido cesaba algún tiempo. Mientras que en Francia la enorme campana que el presidente levanta con dificultad no basta reunida con los gritos *silence* de los *huissiers* para imponer silencio. (p. 7v)

A esto doña Soledad agrega, quizás *motu proprio*, o quizás porque lo escribió el mismo Acosta en otra versión del diario o se lo escuchó alguna vez: “[...] los franceses no hacen caso ninguno, y no se callan sino cuando se les antoja” (Acosta de Samper, 1901, p. 261).

A los pocos días asistió a una reunión de carácter bastante distinto, la asamblea general de la Sociedad para Abolir la Esclavitud, citada en la Sala de los Francmasones. Sorprendió a Acosta el número de asistentes, cerca de 1.500 personas “de las primeras clases y de ambos sexos”. Durante cuatro horas hizo cuanto le



fue posible para comprender lo que se decía, aunque no siempre de manera exitosa debido a la barrera del idioma. Aparte de la cuestión de los esclavos, Acosta tomó nota de otro tema de interés entonces, en una visita a la Bolsa de Londres donde halló “una tarjeta que solicitaba a los que quisieran firmar la petición de los cristianos en favor de los judíos, que es la gran cuestión de que se ocupa el Parlamento” (p. 3).

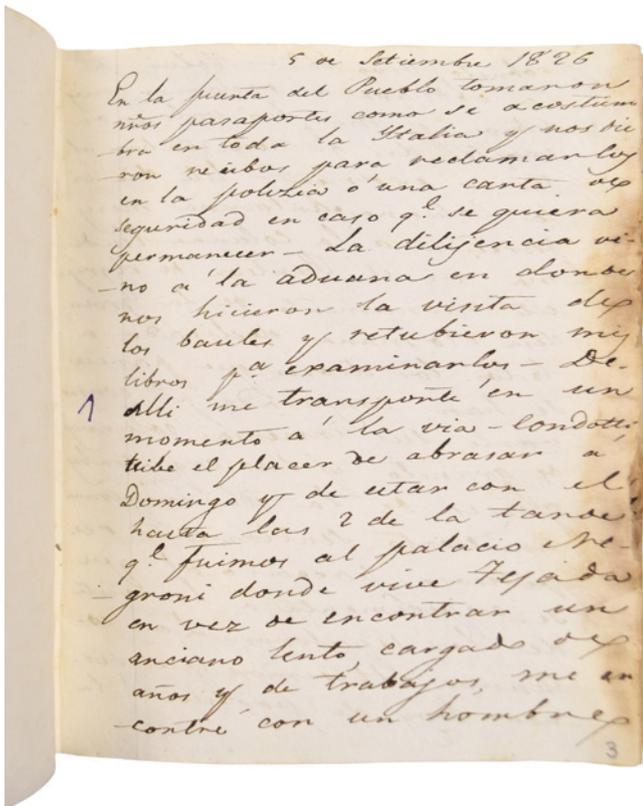
Días más tarde fue invitado por sir Robert Wilson a una sesión de la Cámara de los Lores, reunida en esta ocasión “para juzgar sobre un negocio de corrupción en las elecciones”. Sin embargo, anota Acosta, “como ningún lord hablaba sino solo dos abogados con sus enormes pelucas interrogaban a un testigo que habían trepado en una especie de cátedra, me salí muy pronto” (p. 15).

En cuanto a sus intereses científicos, Acosta no perdió oportunidad, no solo de complementar los aprendizajes recibidos en París, sino de fortalecer su red de relaciones, aspecto fundamental para su vida posterior. El 17 de mayo fue a visitar la Universidad de Londres. Estuvo en la sala de profesores y con el señor De Morgan, profesor de matemáticas a quien estaba recomendado, recorrió el interior del edificio. Se admiró con los anfiteatros de física y las salas de modelos de máquinas, pero lamentó que un solo profesor tuviera que hacer un sinnúmero de actividades, “por lo que creo que la instrucción no es lo más profundo”. En la biblioteca notó que “casi todos los libros de matemáticas son franceses, pues los ingleses se han descuidado en este ramo después de Newton” (pp. 14-14v).

El 5 de junio se dirigió a Greenwich, célebre ya entonces por su observatorio astronómico, que rivalizaba con el de París. Visitó primero el hospital para marinos y la escuela para hijos de veteranos, que, según observó, alojaban a 4.000 personas, “entre marinos inválidos, hijos de marinos que reciben educación y empleados en la casa” (pp. 32-32v). De allí pasó al Observatorio, el cual “se halla sobre la cima de una muy bonita colina de grama de un verde hermosísimo sembrada de algunos árboles”. Acosta pudo recorrer varias de sus salas y examinar los instrumentos, que le interesaban particularmente por sus conocimientos topográficos aprendidos en Francia. Así, vio

5. Acosta se refiere a Edward Troughton, astrónomo británico, fabricante de instrumental (1753-1835).

Primera página del "Diario de Roma". El viaje de Acosta por Italia se inició el 4 de agosto de 1826. Pasó por Venecia, Ferrara, Bolonia, Roma y Nápoles, entre otras ciudades. Manuel Uribe Ángel, en una carta del 7 de febrero de 1900, remitida a Soledad Acosta de Samper y reproducida (a manera de presentación) en la *Biografía del general Joaquín Acosta, prócer de la Independencia, historiador, geógrafo, hombre científico y filántropo*, anotaría que los apuntes de Acosta en su paso por Italia presentan a un viajero mucho más "observador y más provisto de conocimientos", en comparación con los relatos que dejaron sus primeros meses en Francia. Colección Familiar Acosta Samper, Biblioteca Luis Ángel Arango



[...] dos círculos repetidores, el uno de Traugton⁵, el otro de Jones, con dos hermosos círculos murales, menos elegantes que el de Gambey de París, pero del mismo diámetro, un instrumento de pasajes de grandes dimensiones en otro cuarto, y dos cuartos de círculos murales de Bind de que ya no se sirven... En el jardín se ve un gran telescopio que puede girar sobre un gran círculo de fierro. Luego subimos al salón principal del Observatorio. Se ven allí pocos instrumentos... Subimos luego a la azotea desde donde se goza de la vista del Támesis hasta Woolwich y Londres cubierto de buques y las torres de Londres a lo lejos se perciben en medio del humo. (pp. 34v-35)

Estimulado por la visita, al salir de Greenwich, Acosta buscó en la ciudad el almacén de un fabricante de instrumentos de matemáticas.

El 11 de junio asistió en la Freemason's Tavern (Taberna de los Francmasones) a la comida de la Sociedad Astronómica, donde conoció a algunos célebres exploradores. Días más tarde, el 17 de junio, se hizo presente en Somerset House, para asistir a la reunión de la Real Sociedad de Londres. Observó que en esta institución

[...] el presidente está sentado cerca de una mesa en la cabecera de la sala en un enorme sillón colorado y trepado en una tarima, el secretario delante, y más bajo los miembros en frente, sentados en bancos como en las aulas y sin mesas por delante, de manera que la reunión no presenta un aspecto de hombres trabajadores como en la Academia de Ciencias de París. (p. 44)

El 30 de junio, cuando se acercaba su partida de Londres, fue a la aduana a sacar su pasaporte y un permiso para embarcarse,

[...] y después a la Torre a visitar el Ordnance Map Office, o las oficinas en que se trabaja la carta topográfica de Inglaterra a la escala de 1/63,360 o de una pulgada por dos millas que es lo que ha determinado el escoger esta expresión fraccionaria. (p. 60v)

Sobre su visita a la Ordnance, Acosta abunda en detalles:

La carta de Inglaterra se hace por particulares, a quienes se les da 33 shillings por cada milla cuadrada... pero la dirección les da la posición cierta de algunos puntos trigonométricos de la gran triangulación, y envía supervigiladores a verificar la exactitud de los detalles. Ellos (los que levantan la carta) se sirven de la cadena del agrimensor para medir las distancias y de un teodolito de cinco pulgadas de diámetro para medir los ángulos. Luego colocan sobre una cartera cada hoja fijándola en las cuatro esquinas y dibujan con una pluma los movimientos del terreno. Luego dirigen a este establecimiento los registros de sus operaciones con la doble carta levantada a la escala de 1/31,688 que es reducida a la mitad por medio del pantógrafo y después grabada. Como la carta de Inglaterra comenzó en 1784, hay una enorme diferencia entre el dibujo y el grabado de esa época y el actual... En general, aunque con menos gente (20 oficiales que salen de

la escuela de Woolwich), me pareció que había más orden que en el depósito de la guerra en Francia, en el departamento del mapa de las cartas. (pp. 60v-61r)

Acosta no dejó de ocuparse en sus intereses científicos ni siquiera el día anterior a su partida. El 6 de julio fue a visitar al geógrafo español Felipe Bauzá, quien fuera director del Depósito Hidrográfico de Madrid. Los mapas de Bauzá fueron adquiridos por la Nueva Granada hacia 1847 por orden del presidente Tomás Cipriano de Mosquera, para complementar las fuentes que alimentarían los trabajos de la Comisión Corográfica, dirigida por Agustín Codazzi.

Entre los colombianos con los cuales Acosta entró en relación durante su estancia en Londres, sin duda el más significativo fue el general Francisco de Paula Santander, ahora ya no como subalterno, como en tiempos de su partida de Colombia, sino como amigo y compañero de experiencias. El 9 de junio recibió la visita de Santander, recién llegado a Londres. Con él iría a visitar algunos días después, el 12 de junio, la abadía de Westminster, “suntuoso cementerio en el que puede recordarse la historia literaria, política, civil y militar de Inglaterra” (p. 40v). Recorrerían, el 18 de junio, el Arsenal Real, en Woolwich, destinado a la fabricación de armas, municiones y explosivos para las fuerzas armadas británicas (pp. 44v-47v). También visitó Acosta, en compañía de Santander, los Docks, enormes almacenes donde se guardaban y distribuían las mercaderías del activo comercio de Londres. Asimismo, fueron a ver el túnel del Támesis, todavía en construcción.

Desde sus primeros días en Londres, Acosta tuvo contacto con José Fernández Madrid, ministro plenipotenciario de Colombia. El 2 de junio fue a visitarlo a Barnes, su lugar de residencia, por entonces una aldea situada a seis millas de Londres, en la margen sur del Támesis: “Hallé a Madrid bastante malo; él se cree tísico y teme con mucha razón no volver a ver a Colombia” (pp. 29-29v). El 27 de junio, al día siguiente del fallecimiento del rey Jorge IV, Acosta fue a ver a su amigo Fernández Madrid y lo halló “en un estado desesperado”. Poco después llegó el general Santander. “Madrid se despidió de nosotros citándonos algunos versos de Virgilio. A las 4 tomamos la ruta de Londres, muy afligidos por la pérdida cierta de un hombre honrado y dotado de talentos y de instrucción poco comunes” (p. 57v). Mientras Acosta seguía la procesión de proclamación de Guillermo IV, llegó a su casa en Londres la noticia del fallecimiento de Fernández ese mismo día, 28 de junio, a las doce y media. Al día siguiente, por la mañana, Acosta se dirigió hacia donde su amigo Robert Wilson, “a tratar de hacer insertar en las Gacetas un artículo necrológico”. El 3 de julio tomó un coche público para ir a Barnes y asistir al entierro:

En un carro negro cubierto con plumeros iba el cuerpo, en seguida tres coches de luto y como ocho coches particulares. A mí me tocó el 2º coche con el ministro del Brasil, Mr. Merle, editor del Correo, y un banquero. Antes de salir de la casa nos pusieron unas capas negras y unas bandas de seda en los sombreros. Gastamos dos horas en venir a Londres a la iglesia de Santa Marylebone donde debía ejecutarse el depósito del cuerpo, y la ceremonia... Se introdujo el cuerpo en la iglesia, dos ministros comenzaron a leer algunos salmos, luego en el vestíbulo cuatro hombres colocaron el ataúd sobre el pavimento, que se fue hundiendo poco a poco a medida que el ministro rezaba y el ayudante arrojaba algunos puñados de tierra sobre él... Así desapareció Madrid de la tierra, dejando solamente por vestigios de su pasaje la memoria de hombre honrado y poeta sensible, después de haber soportado 15 años de padecimientos con una paciencia admirable. (pp. 63-63v)

Como escribió su hija Soledad, “hacía dos meses que Acosta estaba en Londres, cuando encontró que era tiempo de regresar a París a preparar el viaje que debería hacer a los Estados Unidos en vía para Colombia” (Acosta de Samper, 1901, p. 282). El 7 de julio se embarcó cerca al puente de Waterloo en el vapor Lord Melville para salir por el Támesis, cruzar el canal y desembarcar en Calais, Francia. Luego de viajar todo el resto del día, la noche y casi todo el siguiente día en diligencia, entró a París a las ocho de la noche del 9 de julio. Su residencia en Londres había cambiado algunas facetas de su visión del mundo, y escribió: “Las calles me parecieron sucias y estrechas, las casas sin elegancia ni aseo y los boulevares cosa de provincia; fue entonces que conocí verdaderamente la grande superioridad de Londres” (p. 66v).

Sin duda el suceso más significativo que correspondió a Acosta vivir en París, luego de su estadía en Londres, fue la Revolución de Julio, llamada también las Tres Gloriosas. Acosta había asistido el día 26 a la sesión pública anual del Instituto de Francia, donde observó “un aire triste y preocupado en los circunstantes”. Al regresar a su casa tuvo conocimiento del golpe de Estado que habían dado los ministros, la abolición de la ley de imprenta y la de elecciones, y el establecimiento de censura “hasta para los libros” (pp. 74 y ss.). Los pocos periódicos liberales que lograban publicarse amenazaron con no sujetarse a estas órdenes, al considerarlas ilegales, ante lo cual las tropas rodearon las imprentas y las ocuparon. Se acusaba al rey Carlos X de haber infringido abiertamente la Carta de 1814, y se argüía que por lo tanto el pacto quedaba disuelto y la autoridad no sería obedecida. “A las 11”, continúa Acosta, “comenzó a manifestarse mucha agitación en las calles, las tiendas a cerrarse, se tiraban piedras a las ventanas de los ministros, y la fuerza armada comenzó a intervenir”. Acosta decidió regresar a su casa a comer, pero después se dirigió con algunos amigos hacia el Palacio Real. Todas las tiendas, hasta las farmacias, estaban cerradas y se veía mucha gente en las puertas. Al llegar a la calle de Rohan presenciaron “una carga de los gendarmes a caballo sobre el pueblo, con sable en mano; tuvimos que refugiarnos en una tienda de una frutera que por casualidad estaba abierta”. Cuando emprendieron el regreso, luego de constatar la presencia de más tropas, e incluso cañones, Acosta notó que “a pesar de este aparato importante de fuerza militar los ciudadanos se paseaban por las calles y se veían muchas damas”. Al día siguiente, a la una de la tarde “comenzó a oírse un fuego muy sostenido de fusilería y artillería; poco tiempo después supimos que venía de que el pueblo se había apoderado de Hotel de Ville junto con los guardias nacionales, y que las tropas trataban de desalojarlos”. El 29 de julio, día decisivo y final de la revolución, a las seis de la mañana las tropas reales comenzaron a retirarse de París. La gente comenzó a formar barreras para impedir el paso de la caballería real, incluso frente a la casa de Acosta: “Estos obreros”, escribió, “trabajan ahora bajo mis ventanas con alegría y sin vociferaciones”. Al regresar a casa esa noche, luego de pasear por gran parte del centro de París observando los resultados de la sublevación, Acosta decidió “ayudar a cargar piedras a los vecinos de mi barrio, que trabajan en levantar otra barrera”. Finalmente, el 31 de julio el rey abandonó su palacio para dirigirse al norte de Francia. La revolución había triunfado, instalando como nuevo monarca a Luis Felipe I de Orleans. “El sol de julio es favorable a la libertad”, escribió Acosta.

Casi un mes después de la revolución, Acosta dejó París, el 27 de agosto de 1830, para iniciar el largo viaje de regreso a su patria. El 28 se encontraba en El Havre y allí mismo puso a prueba los instrumentos que se le habían entregado en París para sus futuros trabajos geográficos en Colombia:

Retrato de José Luis Álvaro Alvino Fernández Madrid y Fernández de Castro, nombrado por Simón Bolívar como “agente plenipotenciario ante el gobierno francés y ministro ante la Corona británica”. Acosta compartió con él en Londres y después acompañó su entierro el 28 de junio de 1830. No son menores los fragmentos que le dedica en su diario. Colección Biblioteca Luis Ángel Arango





Drawn by Tho. H. Shepherd.

Engraved by T. Barber.

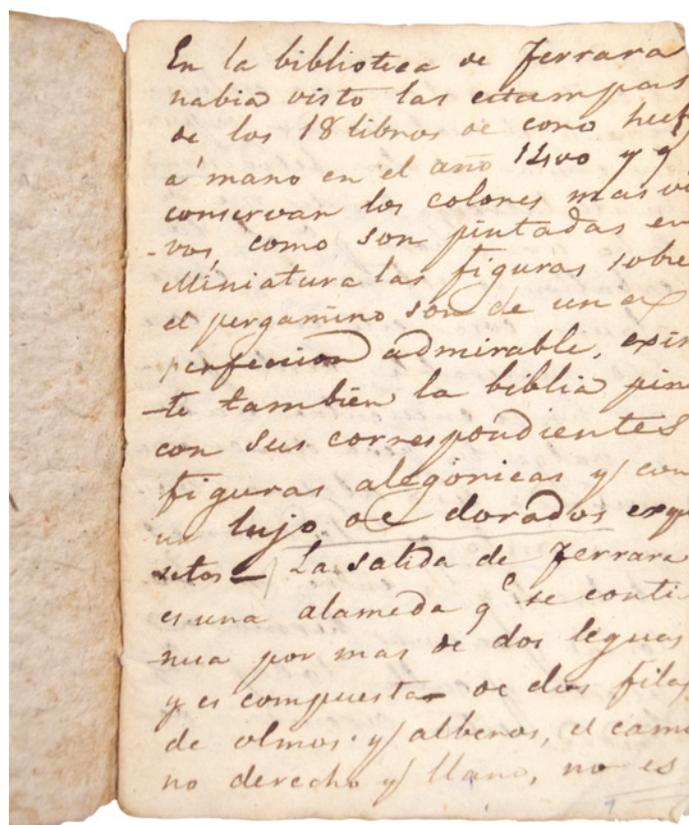
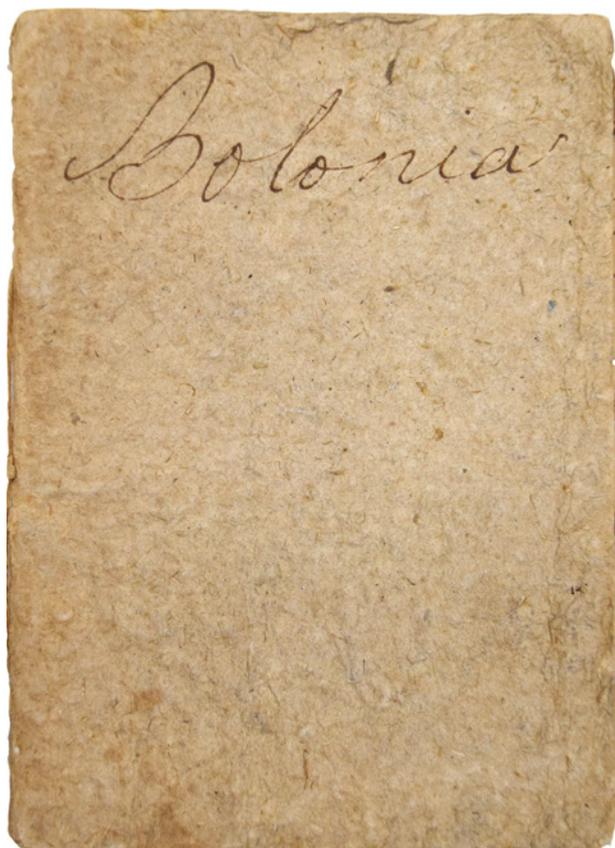
MIDDLE ROW HOLBORN.

33

Jones & Co. Temple of the Muses, Finsbury Square, London, Jan. 1 1830.

2/c

Escena de la calle Middle Row en Londres. Predominan los tonos grises en una ciudad a la que Acosta llegó también para “estudiar más de cerca el carácter y las costumbres inglesas”, según registró en su diario (p. 260). *Middle Row, Holborn*, Thomas Hosmer Shepherd, 1830. Tomada de *London Illustrated*, 1604-1851, Bernard Adams, 1983.



Portada y primera página del "Diario de Bolonia", donde el militar colombiano reúne los apuntes tomados entre el 31 de agosto y el 16 de septiembre de 1826. En este período visitó la biblioteca de Ferrara, la basílica de San Petronio y las iglesias de Santo Domingo, San Salvador y San Pablo de los betlemitas, así como el castillo de Bolonia, entre otros lugares. En la narración de Acosta se destaca de manera reiterativa la riqueza arquitectónica italiana, su gastronomía, la diversidad agrícola y las majestuosas pinturas que adornan las iglesias de Bolonia. Colección Familiar Acosta Samper, Biblioteca Luis Ángel Arango

Verifiqué el barómetro que la Sociedad de Geografía me había confiado y lo encontré intacto. Como lo había comparado con los del observatorio, me importa mucho que llegue a Colombia en buen estado, así como un termómetro de Buntén que esta fabricante ha hecho para mí. (p. 90)

El 2 de septiembre estaba a bordo del paquebote Enrique IV, que después de un mes y medio de navegación, no siempre feliz, echó su ancla frente a la ciudad de Nueva York. Desembarcó el domingo 17 de octubre y uno de sus primeros cuidados fue acompañar a una familia de apellido Kemble, que había viajado con él, a buscar alojamiento. Esta familia lo invitó a visitarla después de comer, lo cual hizo con gusto el 19 de octubre, y en adelante las visitas se hicieron frecuentes. Acosta nunca lo menciona en su diario, pero aquellos paseos por las orillas del río Hudson con las señoritas Kemble irían a culminar en el compromiso de matrimonio con una de ellas, Carolina. La boda habría de realizarse casi seis meses después de la partida de Acosta para su patria, el 31 de mayo de 1832, actuando como padrino el general Francisco de Paula Santander, ya elegido presidente de la Nueva Granada.

El 5 de diciembre Acosta abordó el bergantín goleta Ateniense, que partía para Cartagena de Indias. Entre sus compañeros de viaje se hallaban María Francisca Domínguez, viuda de José Fernández Madrid, y su hermano, Miguel Domínguez. Aparentemente, a juzgar por el diario de Acosta, también viajaban con ellos los restos de Fernández⁶. En la mañana del 22 de diciembre comenzaron a distinguirse las torres de Cartagena. Al desembarcar, se enteró del reciente fallecimiento de Simón Bolívar, ocurrido en Santa Marta apenas cinco días antes. No fue hasta principios de febrero de 1831 que Acosta dejó Cartagena para dirigirse hacia Bogotá por la ruta del Magdalena.

6. Al respecto escribió doña Soledad Acosta: "Pocos meses después de la muerte de Madrid, su viuda emprendió viaje de regreso a Bogotá, trayendo consigo los restos de su amante esposo, que no quiso dejar en tierra extraña". (1901, p. 316).

Así culminó la primera estancia de Acosta en Europa. Lo esperaba, una vez contraído matrimonio con la señorita Kemble, el cargo de director de caminos de Cundinamarca, y de esta forma comenzaba una vida en la que combinó el campo científico con la política, llegando a ser ministro de la Nueva Granada en Washington, encargado de negocios en Ecuador y congresista, todo esto antes de su segunda partida para Europa, en 1845. Sobre los aprendizajes de su primera temporada europea se cimentaron las obras por las cuales es principalmente conocido y estimado, realizadas a lo largo de su segunda residencia en Europa, entre 1845 y 1849. Durante esos años publicó en París su *Mapa de la República de la Nueva Granada, dedicado al barón de Humboldt*, hito de la historia cartográfica colombiana; el *Compendio histórico del descubrimiento y colonización de la Nueva Granada en el siglo décimo sexto*; el *Semanario de la Nueva Granada*, de Francisco José de Caldas, y los *Viajes científicos a los Andes ecuatoriales*, de Jean-Baptiste Boussingault, traducidos por Acosta. El “Diario en Londres” ofrece no solo el relato de sus vivencias en los años 1830 y 1831, sino de aprendizajes valiosos para él, que habrían de brindarle bases firmes en su doble vocación de científico y político. También presenta al lector una visión de primera mano de lo que significaba entonces Londres o París para un colombiano, y de la forma en que un nacional vivió sucesos como el fallecimiento del rey Jorge IV de Inglaterra, no muy querido por sus súbditos, o la célebre revolución que depuso al rey Carlos X de Francia, quien tampoco contaba con el aprecio generalizado de sus vasallos. Crónicas espontáneas y frescas, que sin duda constituyen una valiosa adición a la literatura de viajes en Colombia. ■

REFERENCIAS

- Acosta, J. (1831). *Diario en Londres*. [Manuscrito]. Biblioteca Luis Ángel Arango, Bogotá. [El diario no está fechado, pero su última entrada es del 2 de enero de 1831].
- Acosta, J. (1850). *Testamento de Joaquín Acosta*. [Manuscrito]. Biblioteca Luis Ángel Arango, Bogotá. [Fechado el 5 de mayo de 1850].
- Acosta de Samper, S. (1901). *Biografía del general Joaquín Acosta, prócer de la Independencia, historiador, geógrafo, hombre científico y filántropo*. Bogotá: Librería Colombiana Camacho Roldán & Tamayo.
- Sánchez, E. (1999). *Gobierno y geografía. Agustín Codazzi y la Comisión Corográfica de la Nueva Granada*. Bogotá: Banco de la República, El Áncora.